

Gráfico DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO DIEZ GARCÍA

alfonso@codigodiez.mx

De Francia a San Rafael en 1833

* Desembarcaron en Nautla y venían de Champlitte

* “Si hubiera un conflicto con Francia, yo sería mexicano”

El futuro de Tlapacoyan, Teziutlán, Martínez de la Torre y San Rafael está indisolublemente ligado a su historia. Y no se trata de un cliché, una frase hecha a la medida. La reflexión parte de mucho tiempo atrás, comenzando, desde luego, con el gran señorío que fue Tlapacoyan y que abarcaba desde esta población hasta la costa y que ahora contempla una región en la que prevalecen apellidos españoles y franceses. Estos últimos comenzaron a llegar en 1833 desde el viejo continente. Muy pocos se regresaron a Francia y la enorme mayoría de los que se quedaron se integraron en mayor medida al área de San Rafael, pero se fundieron también en familias que ahora están por toda la franja señalada.

La carretera que va de Tlapacoyan a la costa, inaugurada en 1946, puede servirnos de línea imaginaria para delimitar lo que fueron en el pasado las tierras que cruza esta división. Del lado izquierdo, viendo hacia la costa, se ubicaba la Hacienda de Larios y Malpica y del lado derecho los Llanos de Almería.

El tiempo ha determinado muchos cambios. Todo es ahora diferente, tanto los propietarios como los asentamientos.

Cuando los franceses llegaron a Jicaltepec, cerca de la actual San Rafael, obtuvieron, como donación o en venta, los terrenos en que se establecerían. El trato comenzó con Rafael Martínez de la Torre y luego con el apoderado de Guadalupe Victoria, Francisco de Paula López Romero.

Jean Christophe Demard realizó al

respecto una magnífica investigación que se convirtió en un libro de muy corto tiraje, apenas 500 ejemplares en la segunda edición. El título del mismo es “*Río Bobos, Cuenca baja. Historia de una intervención francesa*”. Fue traducido por Antonio Neme Capitaine e impreso y editado por Sy y Geditores, S.A de C.V., de la Ciudad de México bajo los auspicios de la Asociación para el Desarrollo Integral de la Región de Misanthla, A.C. en 2013.

Porqué dejar Francia

Cabe preguntarnos: ¿Qué impulsó a los franceses de esa época a dejar su tierra para venirse a Veracruz? Evidentemente, el deseo de encontrar una vida mejor. Sabían que se trataba de una región totalmente diferente a aquella en la que nacieron y vivieron, pero aún así decidieron emprender el viaje. Era un viaje a lo desconocido. Una aventura que podía poner en riesgo sus vidas y los que eran cabezas de familias y venían con esposa e hijas e hijos hicieron el viaje a sabiendas de que también estaban exponiendo a la suerte, buena o mala, a aquellos de los que eran responsables.

Cabe también entonces preguntarnos: ¿Tan malas eran en Francia las condiciones de vida en que se encontraban esos colonos que llegaron a Veracruz? ¿No cabía en toda la nación la posibilidad de encontrar una vida mejor que la que aquí les esperaba? ¿No había ningún lugar en Europa en el que vislumbraran encontrar un mejor futuro que el que les esperaba en Veracruz?

Lo cierto es que contra viento y marea,

contra inclemencias del tiempo y a pesar de la oposición de algunos que se pudieron sentir desplazados, los resultados en la actualidad son positivos. Hay entre los descendientes de aquellos colonos gente buena, exitosa, que prospera y está totalmente integrada a la nación que acogió a sus ascendientes hace casi dos siglos. Otros de ellos forman parte de la misma cultura, del mismo nivel de aquellos con los que conforman el habitat que comparten. Hay de todo. Muchos de los que llegaron en 1833 ya ni siquiera se pueden catalogar en un árbol genealógico con los nombres que utilizamos para denominarlos de manera común: más allá del bisabuelo y el tatarabuelo sigue el chozno, en línea ascendente y por encima de éste se pierde la consanguinidad que, a casi doscientos años de distancia es lógico que haya dejado de existir, por lo menos en cuanto a denominación. Los que hoy habitan el área son, en su mayoría, familias en las que se mezclan apellidos franceses con hispanos.

Comenzó en 1832

En 1832, la cuenca baja del Río Bobos se volvió el escenario de una aventura humana que marcaría para siempre esa parte del estado de Veracruz. Stéphane Guénot, exoficial del ejército imperial francés, adquirió las tierras de Jicaltepec con el sueño de crear en ellas una comunidad inspirada en el socialismo utópico francés, de moda en aquellos días.

En 1833, desembarcaron en Nautla los primeros colonos franceses, originarios en

su mayoría de la región de Champlitte, Haute-Saône. Pero la falta de dinero y de preparación para vivir en un país tropical, diametralmente distinto al que dejaron atrás, provocaron de inmediato conflictos y dificultades. A pesar de todo, la mayoría se quedó en México y la colonia se extendió a lo largo de la cuenca baja del Río Bobos.

La historia de esta comunidad se fue ligando a la historia de México. Entre los colonos había vinicultores, campesinos y artesanos franceses que tuvieron que hacer frente a epidemias, catástrofes naturales y guerras, en especial durante la Intervención Francesa y más que nada en la Revolución Mexicana de 1910.

Hubo también en estas riberas períodos de tranquilidad y alegría que acompañaron el auge económico impulsado por la producción de vainilla.

La Primera Guerra Mundial fue determinante para que los franceses solicitaran la nacionalidad mexicana. Para los descendientes bastó que nacieran en suelo mexicano para ser considerados como connacionales, conforme marca nuestra constitución.

La integración de la comunidad francesa a la región, al estado de Veracruz y a México atravesó por cuatro grandes etapas que culminaron en la creación, por una parte, del municipio de San Rafael, con habitantes que saben que ya no son franceses, pero se sienten orgullosos de sus raíces y que conviven con los llegados de otras latitudes y con los que ya habitaban el suelo que hoy comparten; y por otra, a

la fusión en mestizajes de muchos otros que emigraron a la capital de la república y a otras ciudades.

Apellidos como Desoche, Capitaine, Couturier, Lavoignet, Stivalet, Vaillard, Guichard, Hebrard, Grapin, Thomas, Theurel, Deschamps, Poirot, Collinot, Coquet, Perrin, Martel, Guiochin, Simon, Parizot, Poisot, Levet y Bordes, además de muchos otros, son parte de los que a la fecha tienen pobladores en mayor medida en el municipio de San Rafael, pero también en Martínez de la Torre y en Tlapacoyan. Y el origen es francés, descienden de aquellos colonos que llegaron a Veracruz en 1833.

La investigación de Christophe Demard es muy amplia, quedó concretada en 26 capítulos y 8 anexos y culmina con estas palabras:

Más de 90 años fueron necesarios, a partir de 1833, para que la integración fuera efectiva. Lo que es una lástima es que haya sido percibida como un abandono o como una falta de patriotismo por las autoridades francesas de aquella época. Alphonse Roussel, uno de los últimos franceses que habían hecho estudios en Francia, vivió con dolor este período de ruptura. Arturo Theurel, nacido en 1915, parece resumir en sí mismo todas esas mutaciones:

“Tengo mucha sangre francesa en mis venas y estoy orgulloso de ello. Mis padres me enseñaron la lengua francesa y el patois de Champlitte y me gusta hablar este idioma cada vez que me es posible, pero si un día hubiera un conflicto entre Francia y México, para mí no hay duda, yo sería mexicano”.

De Tlapacoyan a Paso de Novillos

* Martínez de la Torre se iba a llamar Concepción Papanotitlán

* Manuel Mendoza Aguilar era el presidente de Tlapacoyan

* El cura de esta población se llamaba Manuel R. de la Villa

Algunos pasajes incluidos en esta crónica han formado parte de otras. La principal en esta ocasión determinó retomarlos, con adiciones y novedades.

Hay errores graves en el periodismo que han sido inclusive la causa de que muriera alguna persona. Los más comunes, sin embargo, son los errores de dedo. No debemos olvidar los ortográficos y de estilo, que se dan mucho en casos de escritores recién iniciados.

En una crónica anterior hicimos notar algunos errores en el libro que escribió David Ramírez Lavoignet acerca de Tlapacoyan. Era necesario el señalamiento porque este magnífico libro se convirtió durante muchos años no sólo en el de cabecera acerca del tema, sino en el único que lo trató ampliamente.

Es el caso de la construcción de los cimientos para levantar el ingenio de azúcar en La Palmilla. Ramírez dice que Rafael Martínez de la Torre los puso en 1904, cuando ya había fallecido este último, quien murió en la Ciudad de México el 25 de noviembre de 1876, a los 48 años de edad. Martínez nació en Teziutlán en abril de 1828 y acerca de la inauguración de la construcción ya señalada, el pasado 16 de diciembre de 2013 publicamos todo lo referente al testimonio que dejó escrito Antonio García Cubas. La crónica respectiva lleva el título de: “De Tlapacoyan a Paso de Novillos”. En lugar de 1904, Ramírez debió anotar 1874, como veremos a continuación.

Durante los primeros meses de 1874, Antonio García Cubas recorrió las poblaciones que encontró en su camino hacia la costa, desde Perote, pasando por Teziutlán y luego Tlapacoyan y sus congregaciones, que incluían Tomata, El Jobo, Palmillas, Paso de Novillos (hoy Martínez de la Torre), El Pital y Zopilotes (el actual San Rafael).

Rafael Martínez de la Torre era el dueño de la hacienda El Jobo en 1874. Siete años antes había sido defensor de Maximiliano y tras la ejecución de éste temía la furia de Benito Juárez, así que se fue a Europa. El Jobo lo había comprado en 1857 al apoderado y posible hijo de Guadalupe Victoria, Francisco de Paula López Romero y en 1874 organizaba una fiesta en la hacienda a la que invitó al historiador; éste se refiere de la siguiente manera a la colocación de los cimientos mencionados antes:

“**Nunca he presenciado mayor alegría y entusiasmo, como el que manifestaron todos los individuos que del Jobo, del Cañizo, de Paso de Novillos y del Pital, concurrieron a la colocación de la primera piedra. Aquella ceremonia fue una verdadera fiesta, en que el regocijo no conoció límites**”.

Se había puesto la primera piedra de lo que sería el ingenio que se construyó en La Palmilla. Asistió el cura de Tlapacoyan, presbítero Manuel de la Villa; un señor Sánchez Facio acudió representando a la autoridad de Tlapacoyan y habló a la concurrencia. Se levantó un acta de lo que sucedió aquel día, firmada por duplicado; una

de las copias se le entregó a Martínez de la Torre y la otra quedó sepultada bajo la primera piedra, donde a la fecha debe de estar todavía. El acta decía así:

Acta de colocación de la primera piedra del Ingenio de La Palmilla

En el año de 1866 este lugar era montuoso y despoblado. Durante la administración del señor don Rogue Salazar se hizo el desmonte y la limpieza, y el aspecto risueño y pintoresco que hoy presenta, es debido a su cuidado y al impulso que ha querido dar a la finca su propietario, para quien es un bien querido al que están ligados los recuerdos tiernísimos de la familia.

Hoy, en medio de una fiesta sencilla, se ha colocado la primera piedra de esta fábrica que dará a estas comarcas, privilegiadísimas por la naturaleza, la vida del comercio, siendo el asilo donde encuentre el obrero un trabajo que proporcione a su familia el pan y la tranquilidad. Los que suscribimos, testigos presenciales de esta ceremonia, solemne en medio de su sencillez, llenos de fe en el porvenir, hacemos votos por la prosperidad de este establecimiento, y porque la generación que encuentre este escrito no deba su descubrimiento a la investigación de ruinas causadas por el soplo destructor de las revoluciones, sino a una nueva empresa de mayor magnitud, que siendo la continuación de la presente, perpetúe la voluntad de su fundador al construir este templo del trabajo.

Apadrinando este acto el súbdito español don Vicente Llaguno, y asistiendo a él el digno cura párroco del pueblo de Tlapacoyan, presbítero don Manuel R. de la Villa, de la misma nacionalidad, se han asociado de esta manera a una obra en la que, como en todas aquellas que tienen por objeto la regeneración de los pueblos por medio del trabajo, no se reconocen nacionalidades ni categorías, debiendo todos los hombres contribuir a ellas con todas sus fuerzas donde quiera que puedan utilizarse.

Hízose esta inauguración bajo la presidencia del estimable C. Manuel Mendoza Aguilar, presidente del ayuntamiento de la municipalidad de Tlapacoyan.

¡Dios conceda prosperidad a esta obra para bien de estas comarcas y satisfacción de su fundador y de sus descendientes!

Ingenio de la Palmilla. Marzo 27 de 1874. -Siguen muchas firmas.

Paso de Novillos

El historiador habla también de Paso de Novillos, de la siguiente manera:

“**Paso de Novillos, a 400 kilómetros de la anterior, es uno de los lugares más importantes de esta costa, así por sus ricos elementos como por su población, que asciende a 421 habitantes. Industriales y activos sus moradores, han secundado con entusiasmo los esfuerzos del señor Martínez de la Torre en provecho de la colonización. En terrenos de la hacienda, los ingenieros que para el efecto sostiene allí aquel**

emprendedor y útil ciudadano, han hecho los trazos convenientes para una hermosa población, que será, sin duda alguna y dentro de pocos años, una de las más ricas del cantón de Jalacingo. Este lugar llevará en lo sucesivo el nombre de «Concepción Papanotitlán.»”

Ocho años después de esta caminata sería creada la ciudad que no llevó el nombre de Concepción Papanotitlán, sino de Martínez de la Torre, en lo que antes se llamaba Paso de Novillos, el 27 de octubre de 1882.

El vicecónsul francés solicitó permiso

Todos cometemos errores. El señalamiento no le quita un ápice al enorme valor que tiene la investigación que hizo Lavoignet. Simplemente hay que hacer la corrección debida en el libro señalado.

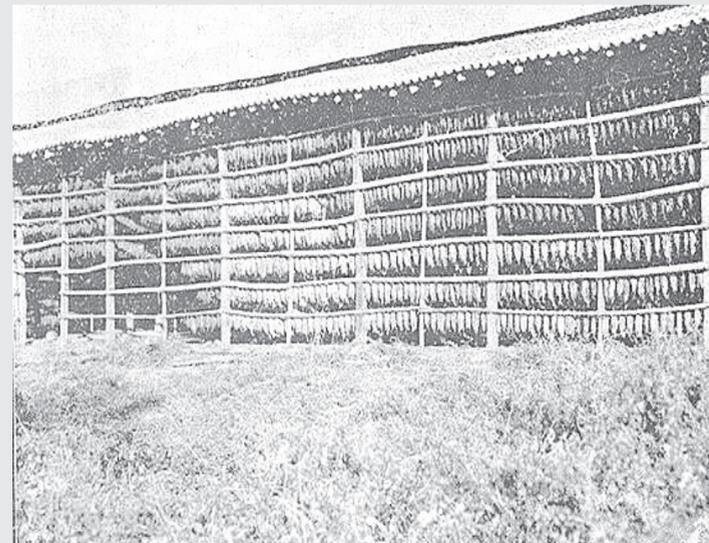
El gobernador de Veracruz en 1878, Luis Mier y Terán, informó entonces que había tres fábricas de aguardiente en Tlapacoyan, con sus respectivos alambiques corrientes y que estos eran propiedad de los señores Sid, Jorge Garay y José María Herrera. A la par con la llegada de los primeros colonos franceses a Jicaltepec, los cultivos de tabaco se extendieron por toda la cuenca del Río Nautla a partir de 1833. El decreto del 3 de agosto de 1853 estableció que estaba permitido sembrar el tabaco en las costas, pero prohibido introducirlo al interior de la república.

El vicecónsul francés, Camilo Castagné, a nombre de los habitantes de Jicaltepec y de la cuenca del Nautla solicitó al gobernador Corona que permitiera que los pobladores mencionados pudieran dedicarse al libre cultivo del tabaco, con la idea de exportarlo. Castagné decía que “el Valle del Nautla, desde Santa María Tlapacoyan hasta el mar, será uno de los puntos de la costa, en el golfo, más rico por su agricultura, si se protege...” Su población, agregaba Castagné, “**tanto la francesa como la mexicana, es allí muy laboriosa y ninguna merece, mejor que ella, en este momento, la protección del gobierno, pues el huracán del 29 de agosto último la ha arruinado enteramente y no tiene otras esperanzas para volver a levantarse más que la del libre cultivo del tabaco**”.

Las palabras de Castagné fueron proféticas: el 13 de noviembre de 1854 quedó establecido nuevamente el cultivo del tabaco en Tlapacoyan, se formó la industria respectiva y de ahí nacieron dos tipos importantes de tabaco, el conocido como Tlapacoyan y el que sería llamado Tabaco del Jobo, que se entregaba en El Buen Tono, en la Ciudad de México, en cantidades industriales. Pero el tabaco, finalmente, se acabó, la industria, simplemente desapareció (ADG).



El parque central de Tlapacoyan se veía así a mediados de los 1930s. ¿Reconoce usted desde dónde se tomó esta foto? Obsérvela bien.



Una galera de tabaco en la Hacienda El Jobo, hace cien años.



Así era el mercado de Tlapacoyan, anterior al que se incendió.